

# EL FRANCO'TIRADOR INSACIABLE

# EL FRANCOOTIRADOR INSACIABLE

ÁNGEL LATOVA





La editorial **Amistades Particulares** toma su nombre de la novela *Les Amitiés Particulères*, de Roger Peyrefitte (1907-2000), publicada en 1944 por Éditions Jean Vigneau.

Primera edición: Junio de 2015

© Ángel Latova, 2015

© de esta edición: Amistades Particulares, 2015

[www.amistadesparticulares.com](http://www.amistadesparticulares.com)

Ilustración portada: “Gymnasion” ca. 1912 (detalle).

Autor: Sascha Schneider

Diseño y maquetación: Amistades Particulares

Impresión: Createspace

ISBN: 978-84-943115-4-3

Depósito Legal:

Impreso en USA - Printed in the USA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Sobre el autor de la ilustración de portada:

Rudolph Karl Alexander Schneider, más conocido como **Sascha Schneider** (1870-1927) fue un pintor y escultor alemán destacado por sus obras de carácter homoerótico. Fue un colaborador destacado de la revista *Der Eigene*, la primera revista de la historia dirigida a homosexuales.

Durante este periodo, Schneider vivía con el pintor Hellmuth Jahn, quien lo chantajeó con hacer pública su homosexualidad, algo castigado en el código penal alemán, por lo que Schneider decidió abandonar el país para refugiarse en Italia, donde la homosexualidad no estaba entonces perseguida. Al estallar la Primera Guerra Mundial regresó a Alemania. Murió al ingerir por error una sustancia que resultó ser un producto para quitar manchas, en 1927. Su cuerpo yace en el cementerio de Loschwitz, Alemania.

*Era solo uno más entre la multitud de extras sin rostro  
—uno más de aquellos que a lo largo de mi vida serían  
incontables*

*Slava Mogutin*

Aunque las palabras de uso coloquial en México que aparecen en la novela se pueden comprender muy bien por el contexto, para esta edición hemos incluido un pequeño vocabulario al final del libro, con el ánimo de satisfacer la curiosidad de algún lector y de despejar dudas sobre el significado de ciertos términos.

## Día uno

La sala de regaderas está casi vacía. Un hombre de mediana edad, de cuerpo bien conservado, seguramente aún apetecible para la mayoría, dormita boca arriba sobre una de las mesas de azulejos blancos, exhibiendo un pene que, a pesar de su sopor, evidencia unas dimensiones considerables. Tres o cuatro más se pasean indolentemente desnudos, con las vergas semierectas y las carnes flácidas. En la sala de vapor, entre brumas, solo hay dos personas, una de ellas meneándose con parsimonia, casi como si se tratase de una práctica rutinaria, sin entusiasmo, a la espera de que alguien se le acerque. Continúo con mi recorrido y paso a la sala de calor seco. En su lado izquierdo, con los cuerpos lubricados por el sudor, dos hombres están juntos. Uno de ellos, en la mitad de la veintena, delgado y de apariencia afeminada, está sentado en el suelo con la espalda apoyada contra la pared. Frente a él, un chavo más joven, que rondará escasamente la mayoría de edad, le está metiendo el pene en la boca. Es excitante ver su trasero lampiño y sudado moviéndose acompasadamente, contrayéndose cuando llega al final del recorrido, como si se tratase más de un coito que de una felación, mientras el afeminado le acaricia los muslos pulidos y él le sujeta la cabeza con ambas manos. Parecen no inmutarse por mi presencia. Al poco rato el joven se sienta en el banco de azulejos y continúan con su lúbrica actividad, esta vez el mayor de rodillas frente a él. La cabeza del lamedor, sujeta por las dos manos del más joven, sube y baja al ritmo que este le impone mientras cierra sus ojos adolescentes al placer. En un momento, el chavo levanta una pierna y se la coloca al otro, que está de rodillas, sobre el hombro izquierdo. Desde donde estoy, puedo ver su ano rosáceo que se dilata y se contrae al ritmo de las mamadas.

Notando que la excitación empieza a crecer en mí, observo bien al muchacho. Tiene un rostro agradable, algo afeado por el gran número de granos rojizos que lo pueblan, y congestionado por el calor de la sala, lo que demuestra que lleva en su interior, soportando tan alta temperatura, bastante tiempo. Su cuerpo, recorrido de arriba abajo por pequeños

riachuelos de sudor, es absolutamente lampiño y resulta atractivo por sus formas suaves y el color uniforme de su piel, como sucede con casi todos los de su raza y edad.

Al cabo de un rato, aún sin venirse, retira la cabeza que lo chupa. Sin decir una palabra a su lamedor sale de la sala, tal vez aburrido o disgustado por mi presencia mirona. Queda ante mí, sobre el banco, el afeitado que, en lo que interpreto como una infructuosa danza de cortejo, se tumba boca abajo y levanta las nalgas redondas y bien formadas, invitándome; pero lo ignoro y salgo. Cuando al poco rato vuelvo a encontrar al jovencito con el pene aún erecto bajo una de las regaderas, mirándome fijamente, decido que es mejor no hacer caso a la invitación de sus ojos después del uso recientísimo que le he visto hacer de su cuerpo, pues para esto sigo siendo demasiado escrupuloso. Espero unos minutos por ver si entra alguien nuevo que me atraiga, pero al comprobar que los dos o tres que lo hacen no son lo que espero, me visto y salgo de los Baños Mina, no sin dejar de entregar a los rudos bañeros la preceptiva propina, respetando la costumbre local según la cual se paga un extra por acceder a aquel lugar de pecado.

Hoy desperté a las seis de la mañana y aunque lo intenté con ahínco, no puede volver a recuperar el sueño. La luz lechosa del amanecer, tamizada por nubes y contaminación, se colaba insistentemente por las rendijas de las cortinas mal cerradas de la habitación del hotel. Me sentí, no obstante, feliz desde aquellos primeros instantes del día, de una manera casi infantil, por estar otra vez aquí, sabiendo, además, que la estancia se prolongará más de lo previsto.

Desde muy temprano me he estado reencontrando con la ciudad, caminando por el Paseo de la Reforma y la Alameda Central. Luego fue cuando me acerqué a los Baños Mina.

¿Cómo es posible que pueda amar a una ciudad como ésta de una manera tan primaria? Su caos, su bullicio, su multitud abigarrada y cálida, su extraordinario colorido, su suciedad —en definitiva, su vida intensa—, me subyugan. Camino por las calles tan conocidas y las recupero, en un proceso de mutua identificación y reconocimiento, como cuando uno se encuentra con un viejo amigo y espera que nada haya cambiado, que todo siga igual que en el momento en que se produjo la separación.

Aunque es difícil separarse definitivamente de una ciudad como esta, y aún mucho más olvidarla, cuando entre sus calles y junto a sus gentes se ha vivido la parte más importante de la vida, cuando se ha pasado en ella los años formativos que nos modelaron. Eso sucede con cualquier ciudad del mundo, pero con esta tal fenómeno se acentúa, pues no es una ciudad cualquiera. Es anormal en casi todo. No solo por su gigantismo;

ni siquiera por resultar inhumana, invivible, polucionada, insana, caótica, dura y peligrosa, sino porque exuda sexualidad promiscua e inconfesable en casi todas sus esquinas. Seguramente es la ciudad del mundo donde el sexo está más disponible, más a mano, más próximo; casi en cualquier momento y en cualquier lugar.

El olor especial, acre, que a uno le golpea con fuerza cuando se abren las puertas del avión, es la bienvenida que la megalópolis le da al recién llegado. Sales del aparato y te enfrentas a las primeras miradas de los empleados del aeropuerto que te parecen extrañamente oscuros, de densas melenas azabache, en las que percibirás un cierto desprecio. Desprecio al gringo, al güero que llega de tierras, sino más rica, sí más prósperas, menos duras y que imaginan mejores. Esas miradas de ojos negros las detectas principalmente entre los más humildes, los que limpian, los que llevan las maletas, los que conducen a viajeros necesitados de ayuda, los numerosos policías, todos con sus caras tristes de piel oscura y su identificación colgando del cuello.

En la zona de llegadas, tras recoger el equipaje, he realizado, desde una cabina, la primera llamada. He contactado con un número de un teléfono celular que, con seguridad, solo se usará para recibir este telefonema, ninguno más. Una vez se termine el diálogo, la tarjeta del teléfono (o incluso el teléfono mismo) se destruirá. Durante la conversación me darán un nuevo número al que deberé hacer la próxima llamada cuando llegue el momento.

Me ha respondido la misma persona que siempre lo hace. Un hombre de voz cálida, de vocabulario preciso, educado, con el suave acento propio de esta tierra que me retrotrae a mi adolescencia. Me lo imagino como un sexagenario elegante y refinado, habitante de alguna de las grandes casas que, rodeadas de altos muros y protegida por profusa vigilancia, jalonan ciertas zonas de la urbe. Me informa, sin variar su tono tranquilo, que se ha producido un contratiempo de última hora, una contrariedad que altera nuestro plan aunque no lo inhabilita. Al parecer mi objetivo ha modificado la fecha de su agenda para el día en que estaba previsto que yo actuase, retrasando en diez días ese momento. Mi informante insiste rápidamente, como para tranquilizarme, que aquello se trata simplemente de una demora, nada más, aunque lógicamente altera nuestros planes. Le pregunto si podría actuar en otro lugar sin tener que esperar a la nueva fecha, y me responde que si lo hiciésemos así incrementaríamos el riesgo, pues nos obligaría a hacerlo en su territorio, por lo que es mejor esperar y llevarlo a cabo como estaba previsto, aunque unos días más tarde. Añade que en las nuevas circunstancias, conocidas solamente unas horas antes —cuando ya no había posibilidad de contactarme por los conductos habituales—,



debería estudiar la posibilidad de regresar a mi país hasta que se aproxime la nueva fecha. Le respondo que ya lo pensaré, aunque añadido, con tono distendido, que tal vez me quede y aproveche para hacer turismo. Le escucho sonreír. Me dice que actúe como estime oportuno, pues sabe que soy un profesional y que decidiré lo que crea que es mejor para mi seguridad, que será, también, lo mejor para la operación, pero que en cuanto lo tenga decidido se lo haga saber para que puedan planificar los siguientes pasos de acuerdo con las nuevas circunstancias.

Le recuerdo, independientemente de si me quedo o salgo nuevamente del país, que yo he cumplido hasta ahora según lo previsto y que espero que ellos respondan de igual modo, en este caso realizando la segunda transferencia. Me responde que efectivamente así es, pues no soy yo responsable del cambio, por lo que actuarán en consecuencia. Luego me proporciona el nuevo número de teléfono al que deberé llamar en la próxima ocasión, y se despide con un «con su permiso» antes de colgar.

Esta alteración de los planes me crea una cierta zozobra, una sutil inseguridad. No me gustan los imprevistos cuando trabajo y muchos menos los que significan una modificación brusca en lo que debe ser, siempre, un protocolo preciso que funcione como un mecanismo engrasado, no sujeto a improvisaciones ni a vaivenes.

Luego, el reencuentro con la ciudad me irá haciendo desaparecer aquella intranquilidad.

Por la tarde, tras una corta siesta que me ayuda a ir adaptándome al cambio de horario, decido ir al Cine Gloria, otro de los lugares mágicos, pero cuando llego a la calle Campeche compruebo, con desilusión, que está cerrado, exhibiendo un único cartel escrito a mano que dice escuetamente “No hay función”, quién sabe si de manera definitiva. Es una pena, pues era, sin duda, uno de los cines más divertidos de esta increíble ciudad, que había venido alegrando las tardes cansinas de muchos jotos locales desde hace varias décadas. Con mi plan inicial desbaratado, decido, como alternativa, ir a los Baños Torrenueva, muy próximos al Gloria, allá por el final de Álvaro Obregón. Entre los dos sitios ignominiosos se encuentra el Hotel Colonia Roma, de tan gratos recuerdos y, sin pretenderlo, al pasar frente a su puerta, no puedo evitar que vengan a mi memoria, con nostalgia, tantos momentos acompañado por hermosos muchachos.

Hay una fila de unas siete personas cuando llego a la sección de Vapor General de los baños<sup>1</sup>. Los bañeros, siguiendo las recomendaciones de la Asociación de Baños Públicos que pretenden el ahorro de agua, vigilan que nadie permanezca más de una hora en el interior. Cuando pasan esos escasos sesenta minutos, llaman a quien corresponda por el número de su cabina. Lo hacen discretamente, sin atreverse a entrar en la sala de vapor, fingiendo ignorar lo que allí dentro, entre la niebla, sucede. Mientras aguardo, los que salen y entran lucen sus cuerpos desnudos ante los que esperamos, destacando las vergas tumefactas, como sometidas recientemente a una gran actividad, de los que ya salen, en comparación con los penes dormidos de los que apenas entran, muchos de los cuales, al pasar ante la fila de mórbidos mirones que esperan, se la cubren con la mano, como si de niñas tímidas se trataran.

Al llegar mi vez me suben a una de las cabinas del piso superior. En el momento en que me encuentro con los pantalones quitados y desprendiéndome de los calcetines, entra uno de los bañeros, el único jovencito y atractivo, de suaves y bellos rasgos indígenas. Viste unos pantalones cortos y una camiseta blanca sin mangas, lo que deja ver su cuerpo fibroso y agradable. Me pregunta que si quiero que me limpie los zapatos:

—Güero, ¿quiere una boleadita a los tenis? —pero su mirada se detiene insistentemente en mi verga pendulona.

Le digo que no, pero a pesar de ello me sonrío y se queda unos segundo mirándome el pene, que amenaza con reaccionar.

En el interior de la sala de vapor, sumida en una bruma hirviente, iluminada apenas por la luz que se cuela por una ventana desde un patio contiguo, algunos hombres de edades diversas se entrelazan, en parejas o en grupos, sin ningún pudor, aunque con sudorosa pasión. El resto, solitarios, se masturban esperando a que llegue alguien que se preste a compartir momentáneamente sus cuerpos. El denso vapor, que difumina los contornos, el calor asfixiante y la penumbra, crean un ambiente fantasmagórico e irreal. La mayoría son de mediana edad y abunda alguna que otra panza lampiña que comienza a ser prominente.

---

<sup>1</sup> Los baños públicos son una tradición en México que se remonta en el tiempo y que aún viene a suplir la carencia de agua en muchos hogares del país. Generalmente son frecuentados por personas humildes. Suele haber dos secciones: *Vapor Individual* (donde cada cliente tiene su propio cuarto de vapor y regadera) y *Vapor General*, donde se comparten las salas de regaderas, de vapor y de calor seco. En estos, cada cliente tiene una cabina para dejar su ropa y desvestirse. Cuando están llenos, los clientes deben esperar a que salga alguien y se vacíe una cabina, como narra el autor en esta escena. Hay Vapor General de hombres y de mujeres, separados. Algunos, los menos, son frecuentados exclusivamente por hombres gais, funcionando de hecho como lugares de encuentro para mantener relaciones sexuales. (Todas las notas son del editor)

Al rato de permanecer entre la bruma, me fijo en un muchacho de melenita, de unos veintipocos años, atractivo y de cuerpo bien formado, el único que me atrae de entre los numerosos presentes. Su actividad es frenética. En la media hora que permanezco en el interior lo veo ir de cuerpo en cuerpo, unas veces mamando corno un ternero ávido en medio de un círculo de hombres que, a su vez, lo acarician; otras aplicándose jabón en el ano para que, sin protección, lo penetren con mayor facilidad. Me pregunto qué sentirá cuando llegue a su casa, después de una tarde como ésta, si reflexionará sobre su sexualidad, si será de los que ni se cuestionan su proceder, o tal vez sea de los que desprecian el riesgo y confían en la medicina y sus avances, en caso de que la mala suerte se cruce en su camino en forma de virus o de cualquier otro patógeno de transmisión sexual.

Ante la ausencia de alguien que me atraiga (al hiperactivo muchacho lo descarto por razones de básica prevención), decido marcharme antes de que me llegue el turno de hacerlo por obligación. El bañero jovencito, un auténtico chacalito, se sorprende de que salga sin haber agotado mi tiempo.

—¿Ya terminó, güero? —me pregunta sin que yo sepa muy bien a qué se refiere con lo de terminar.

Y nuevamente se las arregla para abrir la puerta de mi cabina cuando estoy desnudo. Yo le dejo que me mire el rabo morcillón, disfrutando del momento. Me pregunta que si quiero un masajito, pero le digo que no, aunque luego, ya en la calle, me arrepiento.

Esa noche, mientras ceno y reflexiono sobre el asunto que me ha traído hasta aquí y en el imprevisto retraso de última hora, tomo la decisión de permanecer en el país durante los diez días adicionales que supone el cambio en la agenda de mi desconocido objetivo. Creo que, efectivamente, es más peligrosa una nueva salida y entrada del país —y otras tantas en Francia, a donde volveré y desde donde he llegado— con pasaporte falso, que permanecer esos días aquí comportándome como un simple turista de los muchos que llegan a estas tierras.

Una vez tomada la decisión, la sutil desazón que me venía alterando desde ayer, desaparece, serenándose, momentáneamente, mi ánimo. Pero una vez decidido, también soy consciente de que no lo he hecho únicamente por una cuestión de seguridad, sino porque es lo que se me antoja, lo que en verdad deseo: poder disfrutar durante unos días de este país y de sus atractivos, entre los que destaca el de sus muchachos.

Desde una cabina situada a la entrada del mismo restaurante Vips donde cenó, llamo a mi informante para comunicarle mi decisión. Le parece acertada aunque –lo noto dudar durante unos segundos, como temeroso de ofenderme– se atreve a pedirme que extreme mi seguridad, que me comporte como un turista de cámara al hombro que se dedica a llenar sus horas visitando museos y disfrutando de las bellezas de la ciudad, sin meterse en problemas.

–Y tenga usted mucho cuidado en la calle –añade–, que ya sabe que esta es, por desgracia, una ciudad peligrosa, muy diferente a las europeas e, incluso, a las americanas.

Al escuchar esto no puedo dejar de preguntarme si lo está diciendo con ironía o es que realmente me aconseja paternalmente para que me cuide y evite ser objeto de uno de los múltiples delitos, desde robos a secuestros exprés, que se dan en la ciudad constantemente. Le agradezco sus consejos y terminamos con un nuevo número de teléfono y una solicitud por su parte de que le llame dentro de dos días.

Luego, sin saber muy bien qué otra cosa hacer en mi nueva condición de turista sobrevenido, he ido hasta El Taller, la única discoteca para homosexuales que queda cercana a mi hotel. Pero prefiero otros sitios de encuentro, pues estos lugares de ambiente, donde la pegajosa feminidad de la concurrencia tratando de representar lo mejor que pueden sus papeles de lindas putitas, me parecen carentes de morbo. Qué diferencia con otros lugares en los que el emasculado amaneramiento que aquí se da, se troca en naturalidad barriobajera, aunque los muchachos sean menos formalmente bellos, más sucios, menos perfumados y más humildes.

Desde el momento en que entro, decido irme, pero la inercia me retiene durante más tiempo del deseado. Al final, casi sin pretenderlo y a pesar de mi prevención, ligo con un chavito que me mira mucho con ojos como de asombro infantil. Se llama Gabino. Me dice, cuando lo invito, que no puede venir conmigo al hotel porque está con su primo y no lo puede dejar, pues tienen que regresar juntos a casa. Se va a bailar y al rato regresa, pensándose mejor, para ver si entre los dos convencemos al primo para que lo espere mientras nosotros nos vamos al hotel para un encuentro precipitado. El primo, un poco más joven que él pero menos atractivo, se hace de rogar como buena putita. Al final lo convencemos. Nos esperará en el Vips de la calle Hamburgo durante una hora. Si no regresamos en ese tiempo, se irá y dejará a Gabino colgado, pues viven en Cuautitlán-Izcalli, ya fuera de la ciudad, a dos horas de coche desde aquí.

Gabino resulta tener un cuerpo muy hermoso a sus aññados veintidós años. Me siguen sorprendiendo, como cuando aquí vivía, estos cuerpos ebúrneos, lampiños, donde la uniformidad del color de la

piel bronceada solo se ve rota por un escueto triángulo de vello púbico que bordea el pene, enmarcándolo en negro azabache con geométrica perfección, como esculpido con cincel. Me dice que soy la segunda persona con la que se va a la cama, que antes solo lo hizo con un antiguo amante que tuvo hasta hace poco en su pueblo. Yo, en este caso, creo en la sinceridad de su aire de niño poco espabilado. Es de Michoacán, de un pueblecito cercano a Uruapan, pero desde hace seis meses vive con sus tíos en Cuautitlán, trabajando de obrero en la planta Ford, donde lija, durante las largas horas del turno de noche, cientos de chapas metálicas que luego servirán para montar vehículos. A mí me excita imaginármelo con overol azul, el pecho perfecto descubierto, ligeramente sudado y algo tiznado, entre el ruido de los tornos automáticos.

Más tarde, en la cama demuestra ser un egoísta al que solo le interesa venirse a base de que se la chupe. A punto estuvo de eyacular en mi boca, pues cuando se la estaba mamando –cosa que no me disgustaba–, trató con violencia, el muy cabrón, de evitar que separase mi cabeza de su vientre cuando noté que se venía. Yo, al final, me tengo que masturbar abrazado a su cuerpo. Cuando terminamos me da su teléfono y me pide que le hable al día siguiente. A punto estoy de mandarlo a la chingada, pero pensándolo mejor, lo acepto. Lo acompaño a buscar a su primo que nos recibe con muchas sonrisitas y guiños de complicidad.